

¿LAS LEYES CIENTIFICAS SE OPONEN A LOS PRINCIPIOS DE LA RELIGION?

Arsenio LOPEZ.

En nuestros días, cuando están de moda en las corrientes filosóficas, los principios del Positivismo o Neopositivismo, cuando parece que los grandes pensadores de la actualidad intentan en sus sistemas epistemológicos dar un giro de ciento ochenta grados con respecto a la metodología empleada tradicionalmente, y con respecto a los criterios que hasta hoy han servido como norma para dilucidar la verdad o falsedad no sólo de los hechos, sino también de los sistemas, la enseñanza religiosa, los argumentos en que se apoyan como pilares seguros e incommovibles las verdades más elementales de la Religión, no podían verse libres de ataques e intrigas que esgrimen como arma leyes o principios admitidos por la ciencia.

En las mentes más ligeras de los progresistas en este sentido, parece que quisieran ver repetido infinidad de veces el ya tan manido caso de Galileo, y encontrar en cualquier punto de la enseñanza religiosa un motivo de fricción y oposición con la Ciencia.

Por otra parte, los pensadores más serios y razonables esgrimen puntos de fricción, pero no «ex cathedra», sino solamente en aquellos casos en que aparece la oposición.

¿Qué actitud hay que tomar en estos casos? Ante todo, pensamos, se impone la serenidad, y en frase ya tan repetida, no aceptar lo nuevo simplemente porque es nuevo y rechazar lo antiguo por el mero hecho de serlo. Se impone la seriedad y sinceridad científica, se impone una reflexión reposada y profunda para dar a cada uno lo suyo, sin esnobismo ni tampoco posturas retrógradas o ambiguas.

Y como ejemplo, hemos escogido para este artículo el caso del argumento tradicional, enseñado en muchas generaciones, para demostrar la existencia de Dios a partir del movimiento; propuesto por Aristóteles y santo Tomás, conocido con el nombre de primera vía tomista. Como vamos a ver, el argumento, efectivamente, se apoya en la teoría física del movimiento que tenía Aristóteles y que pasa íntegramente a santo Tomás, teoría que quedará superada por una nueva teoría de la Física de Newton y que se conoce con el nombre de Principio de Inercia. Y antes de comenzar, hagamos de nuevo la pregunta: ¿Con la Física del siglo XVII o XVIII, queda efectivamente invalidado el argumento por el que hasta hoy hemos seguido demostrando la existencia de Dios?

Vamos a analizarlo.

LA PRIMERA VIA TOMISTA A LA LUZ DE LA FISICA DE NEWTON.

Resulta un hecho incuestionable que la filosofía del siglo XIII adquiere su máximo esplendor con Santo Tomás. Prácticamente toda la filosofía griega, y en particular la de Aristóteles, es recopilada en este siglo y dada a conocer por medio de lo que se llamará más tarde Escolástica. La filosofía del Estagirita ya había sido comentada por Alberto Magno, pero es Tomás de Aquino quien de manera especial trata de quitar de Aristóteles aquellos elementos que no se compaginan bien con la doctrina cristiana y las definiciones de la Iglesia. Tomás de Aquino hará su filosofía con los elementos que encuentra en Aristóteles, y esa síntesis, grandiosa como sistema, será en definitiva la filosofía que prevalecerá durante varios siglos posteriores.

Entre las cosas que Santo Tomás toma del filósofo de Estagira, está la prueba que éste aduce para demostrar la existencia

del primer motor inmóvil. Se encuentra el santo doctor con una prueba racional, con un silogismo montado sobre unas premisas tomadas por Aristóteles de su Física y Metafísica para montar su universo de la Totalidad.

Tomás de Aquino no tiene reparo en admitirla íntegramente, pero con una diferencia que además consideramos como esencial; el de Estagira prueba con ella la existencia del primer motor inmóvil, Tomás de Aquino intenta probar la existencia del Dios de la Tradición cristiana. El tenía necesidad de demostrar la existencia de Dios no simplemente por la Teología; quería pruebas de razón, para aquellos que no admitían la verdad revelada, y nada mejor para ello que la prueba de Aristóteles; además, de esta manera pulía lo paganizante del griego. Formula, pues, Tomás de Aquino las cinco vías, y son aceptadas por la Escuela, con la seguridad de que eran suficientes para llegar por vía racional a Dios.

Queremos estudiar la primera de las cinco vías tomistas a la luz de la física del siglo XVII, en especial de Newton. Muchas han sido las críticas que de las cinco vías se han hecho a lo largo de la historia del pensamiento; y en concreto, la primera de ellas, la que nos proponemos analizar, ha sido negada por muchos filósofos y puesta en tela de juicio bajo diversos puntos de vista; se ha discutido su validez por la negación del principio de causalidad y por la negación de la demostración en sí misma. Nuestro análisis y crítica no parte de ninguno de estos aspectos; queremos examinar el movimiento mismo, desde un punto de vista científico, según la física de Newton.

La primera vía se funda en el movimiento de los cuerpos, pero, ¿sobre qué movimiento? La respuesta no tiene duda alguna, el argumento es el mismo que el de Aristóteles; por tanto, el movimiento es el mismo que entendía él. La Física de Aristóteles prácticamente no es puesta en tela de juicio hasta el siglo XVI, y no ha sido suplantada por ningún otro sistema hasta el siglo XVII, en que aparecen los grandes sistemas científicos. No había, pues, antes del XVII, por qué rechazar la primera vía de Tomás de Aquino por razones físicas.

Cuando llega la física moderna, se produce un giro total en el sistema del Universo y en el concepto de movimiento. El sistema geocéntrico y el movimiento mismo de Aristóteles se

rechazan; y ante esta nueva situación (en la que la base de la primera de las vías tomistas, el movimiento, ha sido modificada) cabe preguntarse: para estos físicos, que tienen una visión nueva y distinta del movimiento, frente a la que tenía el Estagirita y Tomás de Aquino, ¿tendrá algún valor probativo la primera vía de la Escuela?

He ahí nuestra pregunta, y he ahí también nuestro pensamiento: la primera vía de Tomás de Aquino está sacada de la prueba del Primer Motor Inmóvil del Estagirita. Este la funda en su concepción del movimiento. Esta concepción se demuestra que es contraria a la concepción del movimiento de los físicos del XVII, en concreto de Newton; y afirmamos que quien mantenga sobre el movimiento una concepción distinta a la de Aristóteles (siendo el movimiento de Aristóteles el fundamento de la primera de las vías) tampoco podrá admitir como prueba racional para demostrar la existencia de Dios la vía en sí misma.

EXPOSICION DE LA PRIMERA VIA.

Comienza diciendo Santo Tomás que es cosa cierta y que consta por los sentidos que hay cosas que se mueven en el mundo; es decir, es un dato empírico, es un hecho de existencia el movimiento en las cosas. Ahora bien, y propone el principio, todo lo que se mueve se mueve por otro; es decir, una cosa no puede ser motor y móvil a la vez y bajo el mismo aspecto. Transcribiendo las palabras de González Alvarez en su Teodicea al exponer la primera vía: «Nada se mueve sino en cuanto está en potencia para aquello a lo que se mueve, y mueve algo en cuanto está en acto; pues mover no es otra cosa que sacar algo de la potencia al acto. Mas nada puede pasar de la potencia al acto si no es por algún ente en acto, de la misma manera que lo cálido en acto, como el fuego, hace al leño, que es cálido en potencia, ser cálido en acto, y por esto lo mueve y altera. Mas no es posible que una cosa esté al mismo tiempo en acto y en potencia bajo el mismo aspecto, sino sólo según diverso modo, pues lo que es cálido en acto, no puede ser cálido en potencia al mismo tiempo, sino frío en potencia. En consecuencia, es imposible que algo sea, bajo el mismo respecto, motor y movido, esto es, que se

mueva a sí mismo. Luego es necesario que todo lo que se mueve sea movido por otro»¹.

Y continúa la prueba: si aquello por lo que una cosa es movida es a su vez también movido, será necesario que sea movido por otro, y éste lo será por otro, y así sucesivamente, siendo imposible llegar en este proceso al infinito. La razón para el santo doctor, es obvia: en un proceso infinito de motores, no existirá un primer motor, ni tampoco podrán existir otros motores intermedios, porque los motores que a su vez son movidos, no podrían moverse sin la existencia del primero. Por lo cual la conclusión se impone: es necesario que exista un primer motor que mueva y no sea movido, y ese primer motor inmóvil es Dios.

Este argumento lo expone Santo Tomás en casi todas sus obras, aunque en cada una de ellas guarde un matiz distinto. Así en el «Compendium Theologiae», donde pone de manifiesto, al exponer el argumento, el orden en el dinamismo que se ejerce entre los seres que constituyen el Cosmos. En la «Summa contra Gentes»; en la exposición que hace al comentar el libro séptimo de la Física de Aristóteles, etc. En el comentario al libro XII de la Metafísica aristotélica, trae a colación muchísimos conceptos de la física medieval, frente a la exposición más metafísica del argumento propuesto en la «Summa Theologica».

Vamos a pasar ahora a comentar más detalladamente cada uno de los pasos que da Santo Tomás hasta llegar a demostrar la existencia de Dios, partiendo del hecho físico del movimiento.

Para demostrar la existencia de Dios de una manera racional, piensa acertadamente el santo doctor que no es posible hacer de otra forma sino partiendo de realidades físicas, que están ahí, en un mundo observable y experimentable, realidades que se consideran afectos; y puesto que el obrar sigue al ser, se ha de ascender de las obras al Creador de ellas. Basándonos en el hecho cierto de que la Filosofía ha de apoyarse en una realidad física, y que de ninguna manera debe despreñar las conclusiones de la ciencia —sino que las debe tener en cuenta y tomarlas como datos o hechos de los que partir— se puede afirmar que Tomás de Aquino lo cumple al tomar como punto de partida el tema

1. GONZALEZ ALVAREZ, A., *Tratado de Metafísica. Teología Natural*, Edit. Gredos, Madrid 1968, p. 211.

del movimiento y las conclusiones o convicciones que sobre el mismo tenía la ciencia de su tiempo, que como ya hemos dicho más arriba, en lo sustancial no eran otras que las conclusiones o suposiciones a las que había llegado Aristóteles basado en la observación directa y en los hechos de experiencia. Prácticamente hasta la revolución copernicana todas las conclusiones a las que llega el de Estagira en su Física son admitidas sin tela de juicio, y esto es lo que hace Tomás de Aquino en lo relativo al movimiento.

Conviene recordar aquí las palabras de un gran conocedor del Doctor Angélico, en las que nos muestra la significación que éste tuvo en el campo de la ciencia: «Ni en Aristóteles ni en Tomás de Aquino existe propiamente una ciencia física en el sentido moderno de la palabra. A nadie se le puede exigir que se adelante cinco o veinte siglos a su época. La ciencia física no ha aparecido sino mucho tiempo más tarde; y todavía en nuestros días se halla en pleno proceso de un desarrollo cuyo término no es posible prever. Sin embargo, lo cierto es que tanto el uno como el otro nos suministran una noción exacta de lo que debe ser una ciencia física, y además, un conjunto de principios fundamentales que siguen teniendo plena vigencia en este orden del saber»².

Todos los comentadores convienen en que Tomás de Aquino parte, en la primera vía para demostrar la existencia de Dios, del movimiento; pero no en abstracto, sino incardinado en un sujeto, que es el que se mueve, de tal manera que el movimiento pasa a ser considerado en lo concreto, como acto del móvil. Por esto se desplaza el punto de partida al ente cambiante, sea de la clase que sea; no deja de ser algo que se mueve, y en tanto que se mueve es como es considerado. Para matizar aún más esto que acabamos de decir, acudimos de nuevo a G. Fraile, que nos dice: «Tomás de Aquino entiende el movimiento no sólo en sentido restringido de movimiento local, sino ampliamente, por cualquier mutación local, cuantitativa o cualitativa, es decir, por cualquier tránsito de la potencia al acto»³.

2. FRAILE, G., *Historia de la Filosofía*, t. II, BAC, Madrid 1966, p. 959.

3. FRAILE, G., op. cit., p. 940.

Y he aquí que la argumentación ha tocado un nivel superior, pues vemos que dejando el campo de la Física, hemos saltado, sin apenas darnos cuenta, al plano metafísico, ya que junto al concepto de movimiento, estamos barajando conceptos como potencia y acto, esencialmente metafísicos. Estos conceptos nos van a dar la definición de dos términos nuevos, como el móvil y el motor, que juegan en todo movimiento, pudiendo relacionarse así el móvil con la potencia y el motor con el acto. En *Metafísica* se afirma que el ser finito, concreto, es un ser compuesto de acto y potencia, y precisamente esta presencia de la potencia en el seno del ser hace que dicho ser sea mudable, que pueda cambiar. En efecto, siendo el acto la actualización de una potencia, y siendo propio de toda potencia la capacidad de ser actuada, es claro que un ser que encierra en sí un principio potencial, es un ser capaz de cambiar, es decir, movable. Y desde este punto de vista es desde donde podemos construir una vía de subida a Dios a partir del ser finito, dinámico, en cuanto es pasivo.

Hay que observar que aquí hablamos de «movilidad» tomando el término «movible» en su acepción más general, sin especificar si se trata de cambio sustancial o accidental, como ya hemos advertido anteriormente.

Definiendo el movimiento como el acto del móvil, o sea, del ser en potencia en cuanto está en potencia, con esto abarcamos toda clase de movimientos que se pueden dar en la naturaleza, y que se manifiestan a sí mismos en todas las esferas de los seres, tanto materiales como espirituales; y creemos que con ello reunimos las condiciones requeridas para establecer el punto de partida para la demostración de la existencia de Dios bajo el concepto de Primer Motor.

De la delicadeza y complicación de este punto de partida nos advierte Manser lo siguiente: «Las pruebas de la existencia de Dios suponen no solo la realidad extramental del mundo, sino también la posibilidad de un conocimiento real del mundo... El problema del conocimiento científico de Dios es hoy, evidentemente, ya en lo que se refiere a su punto de partida, enormemente complicado»⁴.

4. MANSER, *La esencia del tomismo*, Madrid 1953, pp. 396-397.

Por consiguiente la prueba de la existencia de Dios ha de partir de la creación visible; de esto estaba bien convencido Santo Tomás, para quien actuando de esta forma se conseguirían argumentos irrefutables. Mas lo importante es no olvidar que tomamos el movimiento metafísicamente; y siendo evidente que existen seres que se mueven, como consta por la experiencia, y siendo este movimiento *ab alio*, no excluimos ni el movimiento propio del animal ni el del hombre (ya que también estos movimientos constan de acto y potencia, y necesitan, como seres potenciales, del movimiento de un supremo y primer motor). Esta es la doctrina comúnmente propuesta por los comentaristas del Doctor Angélico, y largamente discutida ya por distintos autores, sobre la legitimidad o no de ese paso o salto que se da del plano físico al metafísico; es decir, sobre la autenticidad de si el movimiento de la primera vía ha de tomarse a escala metafísica o simplemente física, como parece que es la mentalidad aristotélica.

Pero veamos ahora el principio que sigue al hecho de experiencia del movimiento: «Todo lo que se mueve es movido por otro». Este es el verdadero punto de apoyo, donde radica la argumentación tomista de la primera de las vías. Dice Manser a este respecto: «La demostración tomista de la existencia de Dios se eleva hasta Dios, causa primera, apoyándose en determinadas realidades sensibles, por medio de principios internamente necesarios, pero conocidos por la experiencia sensible»⁵.

No creemos necesario hacer aquí una defensa de la validez del principio de causalidad que es propio de la Metafísica, y que aceptamos de antemano. Lo aceptamos como un dato más, que hay que analizar sin salirnos de la intención de Tomás de Aquino y acogiéndonos a las interpretaciones de sus más significados seguidores. De ahí que transcribamos nuevamente las palabras de Manser: «El principio de causalidad y la teología natural se encuentran tan próximos en el tomismo, que la transición del primero a la segunda no necesita meditación ninguna. Sobre el principio de causalidad se apoya todo el conocimiento natural

5. MANSER, *op. cit.*, p. 395,

de Dios... El principio de causalidad es el sólido puntal de las pruebas de la existencia de Dios»⁶.

Y aquí es donde verdaderamente se llega a lo problemático de la argumentación tomista, puesto que hemos abandonado el mundo físico con sus realidades sensibles y sus hechos de experiencia, y saltamos a un nivel metafísico, para fundamentar en este plano las realidades físicas que nos han dado pie en un primer momento. Es éste el punto más oscuro de la vía, un punto que ha dado lugar, como veremos más tarde, a grandes discusiones, y ha llevado a algunos a negar toda demostración por no encontrarlo suficientemente justificado. Recogemos de nuevo las palabras de Manser, como uno de los conocedores más insignes del sistema tomista, con las que se avisa al lector de cómo se debe entender este principio para reconocerle el valor que realmente tiene en la argumentación: «El principio de causalidad sólo posee verdadera importancia si es concebido en un sentido verdaderamente metafísico, como principio óntico verdaderamente necesario. Sólo así es eminentemente trascendental»⁷.

Y unas páginas más adelante continúa: «Acaso ningún principio haya sido fundamentado por Aristóteles y Tomás de Aquino sobre el acto y la potencia con tanta frecuencia y profundidad como éste»⁸.

El principio «Todo lo que se mueve se mueve por otro», los tomistas lo consideran expresión fiel del principio de causalidad en una de sus derivaciones, la del movimiento, siendo esto lo que nos hace ver de una manera más patente el alcance que realmente tiene el principio.

Su sentido obvio es que nada puede ser movido sin que sea movido por otro; y a nivel metafísico viene a decir lo mismo: que nada pasa de la potencia al acto, a no ser por causa de otro ser que esté ya en acto.

Por una parte se tiene el móvil, que es el que pasa de la potencia al acto, y además independientemente está el motor, distinto de él pero imprescindible para explicar ese movimiento,

6. MANSER, op. cit., p. 394.

7. MANSER, op. cit., p. 400.

8. MANSER, op. cit., p. 405.

ya que es su propia causa efectiva. Sin este motor, el movimiento no se podría explicar, haciéndolo depender únicamente del móvil, pues éste encerraría en sí contradicción, ya que estaría en potencia, pues se está moviendo para conseguir una perfección que no tiene y una actualidad que busca en su movimiento, y esto es imposible por ir en contra del principio de contradicción. Igualmente imposible, dicen los tomistas, es que un ser sea móvil y motor al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto.

Llegados aquí, pudiera pensarse que se han salvado ya todas las dificultades. El armazón metafísico de la prueba, hemos dicho más arriba, está sacado de Aristóteles, cuya argumentación ha sido genial y ha servido de orientación al pensamiento tomista; pero estamos convencidos de que algunos de sus puntos de vista han decaído, y la prueba por consiguiente aparece inacabada.

Así tenemos, como hace notar Grison, un punto de debate en lo que concierne a la noción de movimiento local, ya que el principio «todo lo que se mueve es movido por otro», era aplicado por Aristóteles al movimiento de los proyectiles. Estos se desplazaban, según él creía, por la acción del medio que atravesaban. Ahora bien, tenemos que la Física de Galileo admite que el movimiento se conserva sin la acción de ninguna fuerza. Y es ahora cuando viene la pregunta de Grison: «¿Hay que declarar caduco, en este punto, el principio indicado? Sería pasar ilegítimamente del plano físico al metafísico. Puesto que el movimiento local es un verdadero devenir, el análisis metafísico puede aplicarse a dicho movimiento, y sigue siendo independiente de las teorías científicas. Desde el punto de vista metafísico, ¿debemos decir que, a cada instante, el movimiento local es un movimiento causado?»⁹.

El paso siguiente que da Santo Tomás, no es más que de puro trámite: es imposible una serie infinita de motores, porque entonces no habría movimiento. No se trata sino de trasladar al campo del movimiento de la misma cuestión considerada metafísicamente en las causas. Apenas si tienen importancia las objeciones llevadas sobre la imposibilidad de un proceso al infinito en la serie de motores. Sin embargo, tampoco este nuevo

9. GRISON, M., *Teología Natural*, edit. Herder, Barcelona 1968, p. 68.

paso que da Tomás de Aquino se ha visto libre de impugnaciones. Ahí están como prueba las que hace Ockam, que en virtud de su nominalismo, mantiene la posición de que la existencia de Dios no es objeto de demostración, sino de fe. El razonamiento que hace es de sobra conocido; no puede probarse en virtud del principio de causalidad, porque no se puede demostrar con certeza que el proceso dentro de cada orden no sea infinito.

La conclusión, en definitiva, parece lógica: hay que llegar a ese motor inmóvil como término de la vía, como conclusión que se impone de manera necesaria; y ese motor inmóvil, lo identificamos con Dios. Ciertamente que no es objeto directo de experiencia, ni en el orden sensible, ni tampoco en el orden inteligible; pero se infiere científicamente de la experiencia, por la que descubrimos la esencia de las cosas sensibles, que dada su contingencia, reclaman una causa primera de su movimiento. La conclusión, pues, de la primera vía tomista, es la existencia de Dios bajo la formalidad de Primer Motor Inmóvil. Para quienes con Cayetano, el gran comentador del Santo, quieren quitarle validez a la vía, afirmando que a lo único a lo que podemos llegar es a demostrar un alma del universo (como razón formal del movimiento), los partidarios de la escuela responden con el conocido argumento de que el movimiento aquí referido, aunque se trate del movimiento local, ha de tomarse siempre metafísicamente. Dice G. Fraile: «Se trata de buscar la causa y la razón de ser del mundo físico y para ello hay que hacer constar que esa causa no se encuentra dentro del mismo mundo, sino que es necesario buscar fuera de él un ser trascendente, con caracteres completamente distintos de los que tienen los seres que conocemos por nuestros sentidos»¹⁰.

Y Grison afirma: «Por consiguiente, la acción de Dios no pertenece a la ciencia, ni a la filosofía, sino a la metafísica. Habiéndose fundado en la distinción del ser en potencia y el ser en acto para llegar a la conclusión de la existencia, de un acto puro, la primera vía es propiamente metafísica»¹¹.

Y al llegar aquí la pregunta se impone: ¿Son específicamente

10. FRAILE, G., op. cit., t. II, p. 939.

11. GRISON, op. cit., p. 60.

distintas las cinco vías tomistas, y tiene valor probativo cada una de ellas? No vamos a extendernos en esta cuestión, pues ha sido largamente debatida en toda la Filosofía; nos limitaremos a un breve resumen; pero es necesario acudir a ella, porque, si la vía que se apoya en el movimiento la reducimos a la contingencia, y ahí es donde sentimos la necesidad de acudir a una primera causa o a un primer motor, ¿qué diferencia tiene con las restantes?

En torno a esta cuestión, las opiniones han estado divididas. La generalidad de los tomistas se inclinan sin vacilación a pensar que las vías tomistas tienen carácter probativo cada una de ellas independientemente, de forma que son todas las posibles y no hay lugar a una sexta vía demostrativa de la existencia de Dios. Así afirma González Alvarez: «Adviértase que las cinco conclusiones a que llega Santo Tomás en sus vías, son formalmente diferentes, aunque coincidan materialmente en el mismo ser. De lo dicho se desprende que las vías de Santo Tomás son específicamente distintas unas de otras, gozando cada una de ellas de plena autonomía, y, en principio, de igual eficacia probativa»¹².

Si consideramos la opinión de otros autores, vemos que la validez probativa de las vías no es afirmada tan categóricamente. Así Laso González concede valor demostrativo a las tres primeras, pero considera el punto de partida de las mismas completamente distinto al que le da Santo Tomás de Aquino, ya que se fija en la incapacidad entitativa de los seres materiales. Por eso afirma: «Las tres primeras vías demuestran indudablemente la existencia de Dios, porque parten en última instancia de la insuficiencia entitativa de los seres sometidos a cualquier especie de cambio... Así, la primera parte de la incapacidad radical del ser que cambia para darse a sí mismo su cambio, y por tanto su existencia cambiante. Todos estos argumentos terminan en un ser que existe por necesidad y es causa de la existencia precaria de los seres naturales»¹³.

Por su parte, Hellín e I. González están de acuerdo en que a esta cuestión se dan dos respuestas diferentes, la de los que

12. GONZALEZ ALVAREZ, op. cit., p. 214.

13. LASO GONZALEZ, J. M., *La idea del motor inmóvil a partir de las doctrinas fundamentales de Aristóteles*, Salmanticensis, 1968, vol. XV, p. 353.

afirman que todas las vías se reducen a una sola, puesto que todas se toman de los hechos que implican contingencia y dependencia causal, y la de los que aseguran que son irreducibles entre sí y que no todas ellas están tomadas de la dependencia y contingencia causal. Por su parte, ésta es su opinión: «Nosotros, sin embargo, los reducimos todos a uno; porque estos diversos predicados o hechos, en tanto tienen valor para probar la existencia de Dios, en cuanto incluyen contingencia y dependencia causal»¹⁴.

De Escoto comenta G. Fraile: «Escoto reconoce la validez de las pruebas, aunque omite la del movimiento; pero solamente les concede un valor relativo, porque una demostración que procede por medio de seres contingentes, no es una demostración necesaria»¹⁵.

De todos es conocido que Escoto es considerado como intermediario entre el sistema de Platón y el sistema aristotélico. El introduce, para explicar la continuación ontológica de los seres y de sus propiedades, la doctrina de las formalidades, que aplicada a la materia y a la forma nos las presenta, no como dos factores extrínsecos y separados (de los cuales uno sobreviene al otro para producir el movimiento) sino que un ser puede moverse a sí mismo con actividad propia, con independencia de la forma que lo actúa. Dice Oromí: «Las pruebas de la existencia de Dios, en la mente física de Escoto, sólo pueden apoyarse en la realidad esencial del ser y en las propiedades trascendentales disyuntivas del ser... Según la mente de Escoto, los aristotélicos han pretendido elevar a propiedades disyuntivas trascendentales del ser estas propiedades que sólo lo son del ser físico»¹⁶.

Escoto niega el principio fundamental aristotélico que sirve de base a la argumentación tomista: «Todo lo que se mueve por otro», porque no corresponde con la verdad en primer lugar, y en segundo lugar porque Aristóteles no lo utiliza en el carácter teológico que vino a dársele.

14. HELLIN - GONZALEZ, *Philosophiae Scholasticae Summa*, t. III, edit. BAC, Madrid 1957, p. 50.

15. FRAILE, G., op. cit., t. II, p. 1.059.

16. OROMI, *El ser y la existencia de Dios en Escoto*, Pensamiento, 1959, vol. XV, p. 222.

Además, afirma Escoto que partiendo del movimiento (aunque sea del movimiento local que es al que Aristóteles concede primacía) no se puede llegar a Dios; lo único a lo que se puede llegar, es a un motor que no es movido por otro, aunque este motor aparezca como perfecto y absolutamente inmóvil en sí mismo.

Escoto defiende la demostrabilidad de la existencia de Dios si partimos de una base no física, sino metafísica, y ésta no ha de ser otra que la ley de lo contingente y lo necesario.

Para Suárez, el movimiento no es más que una «motio», una «receptio formae»; de ahí que para Suárez no sea más que una mutación intrínseca del móvil. Podemos asegurar que el pensamiento de Suárez, en el problema que nos ocupa, coincide en lo fundamental con la opinión de Escoto, ya que si rechaza el valor probativo de las vías tomistas, es en definitiva por la misma razón ya expuesta por Escoto. El movimiento local, por ser en definitiva una especie de movimiento, ha de realizar también la definición propia de todo movimiento; de ahí que asegure que el movimiento local es algo intrínseco al móvil, realmente distinto de él; es, en su propia terminología, como un accidente modal. El razonamiento de Suárez, siguiendo la explicación que nos da Hellín, lo podemos sintetizar de la siguiente forma: El móvil, cuando se mueve, va adquiriendo sucesivamente unas relaciones de distancia e indistancia a los cuerpos por los cuales va pasando. Pero se impone el pensar que una relación nueva es imposible sin una mudanza intrínseca; y como esa mudanza intrínseca no se verifica en los cuerpos por los que pasa, porque quedan donde antes estaban, se verifica en el móvil¹⁷.

Desde luego, Suárez afirma que la existencia de Dios es demostrable por la razón; pero no por los caminos que había señalado el Doctor Angélico. Nos dice a este respecto G. Fraile: «Al examinar en concreto las pruebas para demostrar la existencia de Dios, niega con Escoto el valor de los argumentos físicos, y sólo admite los metafísicos. Rechaza como medio probativo el principio «omne quod movetur ab alio movetur», porque no está

17. HELLÍN, *Sobre el movimiento absoluto y relativo*, Pensamiento, vol. VIII (1948) p. 349ss.



suficientemente demostrado; y, por lo tanto, del movimiento del universo no puede deducirse una prueba eficaz»¹⁸.

Es el mismo Suárez quien nos lo asegura en sus meditaciones, cuando se detiene a considerar el argumento del movimiento formulado por Aristóteles: «Tomado en sí y extrínsecamente, tal argumento es por muchas razones ineficaz para demostrar la existencia en la naturaleza de una sustancia inmaterial, y mucho menos de una sustancia primera e increada»¹⁹.

De modo que Suárez rechaza el principio fundamental, ya que se observa que hay muchas clases de cosas que no son movidas por otras (sino que se mueven a sí mismas y se ponen en acto formal gracias a un acto virtual, consecuencia directa de su doctrina sobre el acto y la potencia); y se formula repetidas veces la pregunta de si es o no posible llegar a demostrar la existencia de Dios partiendo de tales fundamentos. Así dice: «¿Cómo, pues, con principios tan inciertos será posible constituir una demostración verdadera de la existencia de Dios?»²⁰.

Y un poco más adelante nos repite: «En efecto: el movimiento supone ciertamente en el motor virtualidad para mover, pero el solo análisis del movimiento no demuestra si esa virtualidad es de por sí o viene de otro, si el motor obra por ella con dependencia o sin dependencia de otro». Para que el argumento basado en el movimiento tuviera valor, sería preciso reducirlo al principio de causalidad, que él formula así: «Omne quod fit, ab alio fit», o también: «Omne quod producitur, ab alio producitur»²¹.

Y es Hellín, quien, insistiéndolo en esta misma idea, nos dice: «Un ser que preexiste a su movimiento, podría tener virtud suficiente para producir su movimiento sin necesidad de un motor extraño. Podría haber alguna apariencia de que el ser que se mueve es mucho más perfecto que el movimiento que ha de causar en sí, y por esta parte no repugna que lo produzca»²².

De todo lo cual es fácil concluir que en Suárez, aunque se

18. FRAILE, G., op. cit., t. III, p. 455.

19. SUAREZ, DM 29, I, 7, Edit. Austral, Argentina 1954, p. 166.

20. SUAREZ, op. cit., p. 166.

21. SUAREZ, op. cit., I, 20,

22. HELLIN, *Necesidad de la analogía del ser según Suárez*, Pensamiento, vol. VII (1945), p. 152.

llegara por el argumento del movimiento a un «*primum movens*», no hay necesidad de concluir que ese «*primum movens*» tuviera que ser por necesidad una causa inmaterial, y por tanto muy bien podría no ser Dios.

Respecto al valor probativo específico de cada día, Amor Ruibal sostiene que no se trata de cinco argumentos típicos, sino que son evidentemente reductibles, pues la base de todos ellos es la contingencia real de los seres, en sus distintas modalidades, en orden a una causa que dé razón a esta contingencia. Según el insigne filósofo español, la argumentación de Tomás de Aquino está apoyada tanto en Platón (las participaciones) como en Aristóteles (potencia, acto y movimiento).

Con respecto al principio que sirve de base a toda la argumentación de la primera vía, dice Amor Ruibal lo siguiente: «Después de haberse negado en absoluto que puede corresponder a cosa alguna del universo mover sin ser movida, se venga luego a afirmar todo lo contrario, colocando precisamente como base de los movimientos en el mundo sensible la negación del pretendido principio, todo lo que se mueve ha de ser movido por otro. Es ésta una contradicción que ni Aristóteles ni los escolásticos, que lo reproducen, pueden explicar, y que procede del artificio de todo el sistema»²³.

Y un poco más adelante insiste el citado autor criticando duramente el que Tomás de Aquino haya cogido la teoría del movimiento aristotélico para demostrar la existencia de Dios: «Recordemos, una vez más, que la teoría peripatética del movimiento no ha sido formulada por Aristóteles con carácter teológico ni psicológico. La explicación de la tesis aristotélica del motor y del móvil a las pruebas de la existencia de Dios, es causa de las deficiencias de los argumentos del Aquinense»²⁴.

PRESUPUESTOS DE LA PRIMERA VÍA TOMISTA.

Según la formulación que hace Tomás de Aquino de la primera vía para demostrar la existencia de Dios, se ve muy claro

23. AMOR RUIBAL, *Los problemas fundamentales de la Filosofía y del Dogma*, t. VI, Madrid 1920, p. 508.

24. AMOR RUIBAL, op. cit., p. 520.

y sin gran esfuerzo que el de Aquino la ha calcado, incluso en sus mismos términos, del raciocinio que se hace Aristóteles en su Física para llegar hasta el Primer Motor Inmóvil.

Aristóteles parte, como siempre, de la experiencia; él ve que las cosas se mueven y no tienen en sí el principio de su movimiento, y trata de razonar este hecho de experiencia; va razonando hasta llegar a encontrar la causa de ese movimiento, hasta el primer motor, que mueve sin ser movido por otro. «Todo ser que se mueve es necesariamente movido por alguna cosa; por una parte, porque si no tiene en sí el principio del movimiento, evidentemente es movido por otra cosa, pues es otra cosa lo que será el movimiento»²⁵.

Esta es la premisa que pone Aristóteles, y continúa el razonamiento: «Si, pues, todo ser movido se mueve necesariamente por alguna cosa, y por una cosa a su vez movida por otra o no; si lo es por otra cosa a su vez movida, es necesario que exista un primer motor que no sea movido por otra cosa distinta; pero si, por otra parte, ha encontrado uno este primer motor no es preciso buscar otro. En efecto, es imposible que la serie de los motores que son ellos movidos por otra cosa llegue al infinito, puesto que en las series infinitas no hay nada que sea primero. Por tanto, si todo lo que es movido es movido por la acción de alguna cosa y el primer motor, sin estar en reposo, sino en movimiento, no es movido por otra cosa, es necesario que sea movido por sí mismo»²⁶.

Este es el razonamiento de Aristóteles, el mismo que toma el de Aquino; el primero llega hasta el primer motor, el segundo llega también hasta el primer motor, pero no se queda ahí, lo trasciende convirtiendo ese primer motor aristotélico en el Dios de la Revelación cristiana.

Lo importante de todo esto es que quede bien claro que la prueba tomista está sacada de la prueba aristotélica, y que al tomar Santo Tomás la misma formulación para su primera vía que hace Aristóteles, toma también la concepción aristotélica del movimiento, Esta está superada en la Física del siglo XVII. Por

25. ARISTOTELES, *Obras Completas*, edit. Aguilar, 2.ª edic. Fis. Libr. VII, cap. I, Madrid 1967.

26. ARISTOTELES, op. cit., Libr. VIII, cap. V.

tanto si no se acepta la concepción que del movimiento tenía el de Estagirita, tampoco podrá aceptarse la prueba que sobre esa concepción monta el de Aquino; por más que nos empeñemos en asegurar que no hay que tomarla en un sentido físico, sino metafísico, porque entonces caemos en otra contradicción, a saber, que las cinco vías no son irreducibles, como repiten infinidad de veces los tomistas, sino que todas se reducen al argumento de la contingencia.

El principio básico que rige toda la mentalidad de Aristóteles acerca del movimiento, es su convencimiento de que «el estado natural de la materia es el reposo y no el movimiento»; de ahí que si lo natural de la materia es el estar sin moverse, cuando en la experiencia nos aparecen cuerpos materiales que se están moviendo, él tenga necesariamente que buscar un motor, una causa de ese movimiento, algo que haya hecho salir a los cuerpos que se mueven del estado de reposo (que era el que les correspondía tener por naturaleza) al estado de movimiento, con el que ahora los encontramos. El movimiento no lo da como hecho, lo da por hacer; no como algo natural a los cuerpos, sino como algo sorprendente e inesperado. Los cuerpos, por naturaleza, están en reposo, y así continuarían si no hubiera una causa exterior que los saca de ese estado. Nunca se le ocurre a Aristóteles pensar que el estado de movimiento pueda ser en los cuerpos un estado natural y que por consiguiente cuando se paran o detienen están en un estado violento. Los cuerpos se paran o detienen, en su doctrina, porque ese estado de reposo es su estado natural; y se mueven porque una causa exterior les impulsa a ello.

Cuando él formula el principio de su movimiento, la ley pudiéramos decir que rige toda la dinámica del Universo, nos dirá que todo lo que se mueve se mueve porque es movido por otro: «Todo lo que se mueve, se mueve porque y mientras lo mueve algún movedor»²⁷.

Jamás se le ocurrió al de Estagira hacerse esta pregunta, por ejemplo: ¿Por qué no puede ser natural a la materia el que se mueva? Ni por consiguiente, se le ocurrió, ante el movimiento de

27. ARISTOTELES, op. cit., Fis. Libr. VII, cap. V.

los cuerpos, buscar una causa que los detenga o los pare. La respuesta no es otra: el estado natural de la materia es el reposo, y no el movimiento. Pero sobre este tema, ya hablamos largamente en un artículo de «Salmanticensis».

LA FÍSICA DE NEWTON: SU TEORÍA DEL MOVIMIENTO.

Sin lugar a dudas, podemos afirmar que Isaac Newton, en el siglo XVII, hace la gran síntesis de toda la Física, aprovechando todos los descubrimientos a los que ya habían llegado sus antecesores. En su obra «Los principios matemáticos de la filosofía natural», están prácticamente recogidos todos los principios según los cuales se elabora una nueva Física, de presupuestos muy diferentes a los de la Física aristotélica, fuente donde bebe sus doctrinas físicas Tomás de Aquino. Newton, en la obra mencionada —aparte de todos los axiomas o postulados en los que apoya toda la Mecánica de los cuerpos— nos define y estudia la fuerza como la causa del movimiento de los cuerpos. Es en ese concepto de fuerza donde él va a apoyar toda la dinámica del universo. Formuló la ley de inercia, que ya se conocía, pero que no estaba suficientemente elaborada y definida; y descubre y formula a su vez el gran principio de la gravitación universal. Nos dice Cimadevilla: «Con Newton queda constituida una cosmología de base científica, y de presupuestos filosóficos y metafísicos modernos, que pone fuera de juego la aristotélica»²⁸.

La Física de Aristóteles, podemos asegurar, es opuesta; más aún, es contradictoria con la Física de Newton. Es una inversión de dos sistemas diferentes. De ahí que se pueda asegurar, como nos dice Cimadevilla en el libro antes mencionado, que las implicaciones filosóficas, metafísicas y teológicas de los dos sistemas sean también tan opuestas como sus respectivas físicas.

Sobre la concepción que tiene Newton del movimiento, podemos comenzar afirmando que para Newton, en contra de la concepción aristotélica, tan natural a la materia es el reposo como el movimiento. De ahí que el problema que se plantea Newton

28. CIMADEVILLA, C., *Universo antiguo y mundo moderno*. Ed. Rialp, S.A., Madrid 1968, p. 199.

en su Física, en virtud del Principio de Inercia, es: ¿Cómo es posible que un cuerpo que está moviéndose, cese en su movimiento, cuando lo natural sería que continuara en tal estado? Para Newton, si un cuerpo está en reposo, en ese estado permanecerá, porque existe en él una fuerza que le hace permanecer en dicho estado. Si, por el contrario, un cuerpo está en movimiento, en ese estado permanece también por él mismo, sin necesidad de que otro le mantenga. Existe en la materia un principio intrínseco, tanto del reposo como del movimiento. Cuando un cuerpo que se mueve, cesa en su movimiento, no lo hace, como dice Aristóteles en su concepción del movimiento, porque el motor que le sacó del estado de reposo se ha debilitado; no, se necesita una fuerza, que es la fuerza de inercia, de la que Aristóteles no tuvo ninguna noción. Esta fuerza de inercia, base de toda la dinámica newtoniana, la define como una «vis impressa». Nos dice: «Vis impressa est actio in corpus exercita, ad mutandum eius statum vel quiescendi vel movendi uniformiter in directum»²⁹.

En toda la materia descubre Newton una fuerza, que no es otra cosa que poder de resistir, y en virtud de la cual el cuerpo permanece en reposo o en movimiento: «...vis qua corpus unumquodque, quantum in se est, perseverat in statu quo vel quiescendi vel movendi uniformiter in directum»³⁰. Es una fuerza por la que cualquier cuerpo, en cuanto tal, permanece en su estado, sea de reposo o movimiento uniforme en línea recta. Y de aquí la afirmación que ya hemos hecho, que en el mismo grado es natural a la materia el reposo y el movimiento. Un cuerpo en movimiento no saldrá de ese estado, de suyo, gracias a la fuerza de inercia; lo mismo le ocurriría si su estado inicial fuera el de reposo, ya que esta fuerza es algo intrínseco a la propia materia. «Corpus omne perseverare in statu suo quiescendi vel movendi uniformiter in directum, nisi quatenus a viribus impressis cogitur statum illum mutare»³¹.

Es por la fuerza de inercia, que existe en todo cuerpo, por la que un cuerpo en reposo permanece en reposo, y un cuerpo en

29. NEWTON, *Principia philosophiae naturalis mathematica*. Coloniae Allobrogum 1970, p. 4.

30. NEWTON, op. cit., p. 4.

31. NEWTON, op. cit., p. 20.

movimiento permanece en movimiento. Y es esto precisamente lo que nos interesa. No necesita Newton acudir a un motor para explicar el movimiento; no necesita detrás de todo movido colocar un movedor, *sino que en el mismo cuerpo que se mueve se encuentra el principio de su movimiento*. Si no existieran causas externas que les obliguen a mudar, los cuerpos, de suyo, conservarían el estado de reposo o de movimiento. Por sí (por la fuerza de inercia, que como hemos dicho, es propia de la materia), el cuerpo que está en reposo, no pasará al movimiento; pero tampoco el cuerpo que está en movimiento, por sí, pasará al reposo, sino que por sí continuará en movimiento, a no ser que sobre él actúen otras causas externas. Los proyectiles, verdadero enigma en el sistema aristotélico, perseverarán en su estado, de movimiento, a no ser que una causa externa —en este caso la resistencia del aire— los retarde, y la fuerza de la gravedad los atraiga.

Si, pues, para Newton tan natural a la materia es el reposo como el movimiento, cuando por la experiencia le consta que un cuerpo se mueve (punto de partida de la primera de las vías de Santo Tomás) no necesita hacerse la pregunta de por qué ese cuerpo se mueve, y cuál habrá sido la causa de su movimiento; porque él ve tan natural que se mueva como que el cuerpo esté parado, puesto que en virtud de la ley de inercia, es intrínseca a los cuerpos esa fuerza que les hace estar en reposo o en movimiento. Dice Cimadevilla: «Para explicar el movimiento de una flecha, Aristóteles encuentra la dificultad de que continúe moviéndose cuando se separa del arco. En función de sus principios, de que cesante la causa cesa el efecto, de que no hay móvil sin motor; lo cual estructura todo su sistema del movimiento en la Naturaleza. En la nueva dinámica, el problema es exactamente el contrario. En virtud del principio de inercia, lo que hay que explicar es que se pare, no que siga moviéndose. Mientras no se demuestre lo contrario, la piedra se para, en un caso, y hay que ponerle una causa o motor que explique la continuidad de su movimiento. Mientras no se demuestre lo contrario, la piedra sigue moviéndose, en el otro, si una fuerza o una resistencia exterior no la detiene»³².

32. CIMADEVILLA, op. cit., p. 205.

Newton solamente necesita de su fuerza de inercia para explicar la continuidad del movimiento; sin necesidad de amenazar con la serie infinita de motores aristotélicos y tomistas.

De modo que resumiendo en unos cuantos puntos la doctrina newtoniana acerca del movimiento, podemos afirmar:

1.º Para él tan natural a la materia es el estado de reposo como el de movimiento.

2.º La razón de por qué los cuerpos continúan en estado de reposo o de movimiento, es su ley de inercia.

3.º Son las causas externas las que impiden que el cuerpo continúe en su estado natural.

JUICIO CRÍTICO DE LA VÍA.

La primera vía de Tomás de Aquino es sacada del movimiento: de una concepción que del movimiento tenía Aristóteles. Siguiendo el mismo proceso del Estagirita, llega también a un ser causa de todo movimiento; pero a este ser no le llama Primer Motor Inmóvil, sino que le llama Dios.

Newton dice que tan natural a los cuerpos es el reposo como el movimiento. Si un cuerpo, pues, está en movimiento, no está en contra de su naturaleza; tiene en sí mismo la razón de su movimiento. La implicación de esta afirmación es clara; Newton no necesita buscar la causa de que un cuerpo esté en movimiento en otro, no sigue el proceso aristotélico-tomista, no tiene que llegar a un ser causa del movimiento; no tiene, por tanto, necesidad de buscar a Dios como causa del movimiento; la explicación del mismo está en el propio cuerpo que se mueve.

Aristóteles se pregunta por qué se siguen moviendo los cuerpos, si por naturaleza les corresponde pararse. Su respuesta es la serie de motores intermedios. Un motor mueve a otro, y éste a otro; el movimiento se va comunicando por contacto. Pero, ¿de dónde le viene esta fuerza a los motores intermedios? Del Primer motor. Este motor es, para Tomás de Aquino, Dios.

Newton afirma que el cuerpo se mantiene en movimiento por su propia «fuerza de inercia». La causa de la continuidad del movimiento la encuentra en la propia materia; no tiene necesidad de buscar una causa fuera de la fuerza de inercia. Por tanto, Newton no llega, no puede llegar por este camino, a Dios como

explicación de la continuidad del movimiento, como hace Aristóteles y Tomás de Aquino. Newton, con su ley de inercia, lo que ha hecho es afirmar la constancia del movimiento por virtud de la materia misma; afirmar que no se necesita buscar un Primer Motor que explique esa constancia; que no hace falta poner una serie de motores intermedios dependientes de un primer motor para explicarla.

Newton, al revés que Aristóteles y Tomás de Aquino, no necesita poner detrás de todo móvil un movedor. Demuestra que no es cierto lo que sentara el Estagirita, que todo lo que se mueve se mueve porque y mientras lo mueve algún movedor; que tampoco es verdad que todo ser que se mueve es necesariamente movido por alguna cosa. Así, también es erróneo el punto de partida de la prueba aristotélica del Primer Motor. Newton ha negado que todo lo que se mueve es movido por otro; ha negado que todo lo que se mueve, se mueve porque y mientras lo mueve algún movedor; ha negado, en suma, que haya que llegar a un Primer Motor Inmóvil, causa del movimiento y de su constancia. Del simple movimiento, es decir, del hecho de experiencia de que una cosa se esté moviendo, no es necesario concluir la existencia de un Motor Inmóvil.

Newton niega rotundamente la concepción aristotélica del movimiento, y por tanto, el punto de partida de su prueba del Primer Motor Inmóvil. Niega, en consecuencia y al mismo tiempo, la concepción tomista del movimiento y, por tanto, el punto de partida de la primera vía de Tomás de Aquino.

La pregunta entonces se impone: ¿Tiene algún valor probativo, para Newton, la primera vía de Tomás de Aquino para demostrar la existencia de Dios? Nuestra respuesta es clara, y no da lugar a dudas. Negando Newton, como hemos demostrado, el punto de arranque, la base y fundamento de la primera vía tomista, hemos de decir que para Newton no tiene ningún valor la prueba en sí.

No es que Newton hable de la primera vía tomista ni que la niegue, pero sus conclusiones acerca del movimiento implican este derrumbamiento. *El llega a la existencia de Dios por su idea del Absoluto*; no puede llegar por la primera vía de Tomás de Aquino, porque sus principios, conclusiones y teorías físicas se lo impiden.

Tenemos, pues, delante un caso con el que se podía pensar que uno de los argumentos tradicionales para demostrar la existencia de Dios queda invalidado ante las conclusiones de la Ciencia. Pero hagamos unas sencillas reflexiones:

1.^a Por una parte, ateniéndonos a otro principio (también sentado por la Física de nuestros días) a saber, que todas las leyes de la Ciencia no tienen nunca carácter determinista, absoluto, sino más bien carácter estadístico, son todas ellas leyes de probabilidad, que recorren el intervalo que va desde cero hasta uno sin llegar nunca a tocar esta cifra, no puede excluirse de esta afirmación la propia ley de Inercia. Por consiguiente, no tendrá esta ley un valor absoluto y dogmático.

2.^a La ley de Inercia, sobre la que se levanta la acusación contra ese argumento filosófico empleado por la Religión para probar la existencia de Dios, podemos invalidarla bajo otro punto de vista. En efecto, si un cuerpo en movimiento, como dice la ley, ha de permanecer en ese estado indefinidamente (mientras no haya una causa exterior que lo cambie) eso arguye en el móvil una energía infinita, pues toda energía cinética se hace a expensas de una energía interna, y ésta sería infinita para un cuerpo que se moviera indefinidamente si no lo detiene una causa externa; lo cual es imposible.

3.^a Suponiendo cierto y absoluto el principio de Inercia, a lo único a que llegaríamos, sería a negar la primera vía tomista como prueba específica de la existencia de Dios; pero de ahí no se podrá generalizar, y concluir que no se puede llegar racionalmente a Dios. Porque efectivamente, si es cierto el principio de Inercia, de un cuerpo que está en movimiento, por el mero hecho de moverse, no se necesitará llegar a un motor inmóvil; pero el movimiento es una realidad que aparece como contingente, es una cualidad de un móvil contingente, y por la contingencia necesariamente hemos de llegar a Dios.

A lo sumo, pues, se podría concluir que no son las cinco vías de Tomás de Aquino cinco argumentos específicos para demostrar la existencia de Dios, y que éste en concreto se reduce a la vía de la contingencia; pero de ningún modo se puede generalizar afirmando que, apoyados en la Ciencia, no se puede con la razón llegar a demostrar a Dios.